LA VENGANZA DE LA GLEBA

ACTO PRIMERO

El patio de la «hacienda.» Primer término derecha, un costado de la troje, alta, imponente mole de piedra ennegrecida de intemperies y de la inclemencia de siglos, con tosca cruz sin Crucificado rematando el ático triangular de su fachada claustral que ostenta enorme puerta cerrada, de dos batientes; dos ventanas, encima de ésta, defendidas por gruesos barrotes, pero sin maderas ni vidrios para que el viento penetre libremente y se ventilen los granos hacinados en cordilleras de riqueza. En la parte visible del costado de la troje, dos ventanas más, sin simetría ni identidad de tamaños, y siempre sin maderas ni vidrios, siempre con gruesos barrotes. En el alero, volado, nidos de golondrinas.

Segundo término derecha,—simulando alguna distancia de la troje,—la tienda, de tres puertas, que revelará, aunque escasamente, sus interiores: fragmento del mostrador, de la «piquera,» de los artículos que penden del techo emporcado por las moscas: zapatos recios, espuelas ordinarias, lazos, velas de sebo, etc., etc. Afuera, dos poyos de ladrillo, uno en cada uno de los espacios que median entre las tres puertas, resguardados por techo inclinado, de madera, de cuyos sostenes cuelgan poleas giratorias donde atar las

caballerías sin riesgo de que estas se «enreden» ó maneen al volverse y revolverse. Entre el techo y la citarilla, salen, de gárgolas bárbaras, cuatro canales de hojadelata tomada de orín, por las que la azotea escupe las aguas llovedizas.

A la izquierda, primer término, el portal de la casa habitación, amplio, enjalbegado y colgado de jaulas con pájaros; lo hermosea un pretil sobre el que descansan macetas de barro, en flor; en varias de sus columnas lisas, de piedra y desconchadas á trechos, enredaderas y trepadoras, ciñéndolas. Muebles de mimbre,—dentro del portal,—mecedoras, una mesa pequeña, y afuera, poyo de cantería. Dos puertas, la primera, es el despacho, del que algo se vislumbrará al través de la reja de hierro de una ventana; la segunda es el zaguán, cuyo piso en plano inclinado y de guijarros apisonados, sale en una buena parte hasta el escenario.

Más próxima á la troje que al portal,—primer término,—fuente circular, de brocal carcomido aquí y allí, y de chorro enano y grueso, cuyo rumor habrá de percibirse durante los silencios de la escena.

Segundo término izquierda,—harto más distante que la tienda de la troje,—la capilla, ruinosa sin ser ruina; con muchas trepadoras y plantas silvestres que codiciosamente ocultan sus cicatrices y oquedades. Vaga semejanza de su fachada con la de la troje; en vez de tríptico, bajo campanario con esquila.

El fondo, á todo foro, las sementeras, hondonadas y montañas, procurando producir la impresión de infinita grandeza de los campos. Se viene una cosecha pingüe. La tierra, fecundada, promete su generoso rendimiento incansable. Se determinará un trigal lozano, coronado por muchedumbre de espigas de oro.

Al capricho, pero observando la naturalidad más estricta, algún arado, un carro tumbado, con sus varas al aire entre las que guarda la «lomera» y las cadenas; pisones, palas....

ESCENA I

Atardece. Es la hora vesperal y el crepúsculo baña el paisaje de tristísima media tinta.

Pausa....

En la tienda y en el despacho, encienden, lenta y calladamente, sus respectivas lámparas de petróleo.

A tiempo que don Francisco,—que se pasea dentro del despacho,—arroja desde la puerta la colilla de un cigarro que cruza las sombras como luciérnaga enloquecida, escúchase de muy lejos, cual mugir de océano, un canto múltiple,—pianísimo acompañamiento de armonium entre bastidores, que aumentará en intensidad conforme avancen en su procesión trágica rumbo á la capilla, los siervos de la gleba, que, saliendo del hueco que separa la troje de la tienda, cruzarán el escenario diagonal y despaciosamente, esfumados por el crepúsculo, que lo empalidece todo, y entonando El Alabado, después de una jornada de trabajo espantoso, de sol á sol....

D. Francisco—(*dictando*) A Arratia, quince cargas!....

De dos en dos, surgen los peones, en lamentable desfile de rebaño humano; al hombro, los pesados instrumentos de labranza; doblegados por ellos y por su miseria social y fisiológica; descubriendo sus cabezas enmalezadas al aproximarse á la capilla. ¡Cantan!

Mientras desfilan, don Francisco ha continuado dictando, habituado á aquello, que lo deja impasible. En la tienda, principian á entrar rancheros que van á beber, mujeres con chiquillos en brazos ó de la mano, que van á compras. Rumor en la tienda.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MARCOS—(*enjugándose la boca con el dorso de la mano que limpia luego en el pantalón, sale de la tienda, meditabundo; álzase de hombros frente á los peones que desaparecieron dentro de la capilla, y, hosco, se apoya contra el ángulo de la troje, después de recoger la colilla ardiente y encender en ella un cigarro.*)

¡Malhaya el alma!....

LORETO—(*buscándolo*) Te ví, desde lejos, y te hice seña; como ya está escuro tú no me vistes. ¿Tienes el vale?....

MARCOS—(*sacando un canutero de dentro de la blusa*) Toma el vale....

LORETO—(*que ha extraído el papel enrollado y busca el reflejo de la lámpara del despacho.*) ¿Otra vuelta catalán, Marcos?....

MARCOS—(*sombrío*) Otra vuelta catalán!

LORETO—(*suplicante*) Marcos! Marcos!....¿y si mañana, cuando lleguen los amos, te ven tomado?....

MARCOS—¿Los amos?....Me echarán, pa allá, pal monte, ó me encerrarán aquí, en la troje ¿qué li hace eso?....

LORETO—¿Pero por qué has bebido ahora, á ver?....

MARCOS—Pus porque vienen los amos y por lo de siempre, que me agarra la sé, en la garganta, y aquí, mira, aquí, (*abriéndose la blusa y mostrando algo de su pecho velloso,*) onde late este toro de corazón que me embiste y me topa como si juera á largárseme....porque cuando se mete el sol y yo me quedo sin mi ganado, después de encerrarlo en los corrales, lo mesmo que los becerritos que olfatean á la madre y se le pegan á la ubre, ansina se me pegan en esta maldita cabeza, por dentro, estos pensamientos que desde hace tantos años me arrempujan de tiempo en tiempo hasta el mostrador de la tienda, onde con el catalán de don Frutos como que se me asosiegan y me dejan en paz....

LORETO—¿Y por qué en lugar d'irte á la tienda no coges pa la casa y me dices á mí que yo te los espante (*animándose*) como me lo decías antes, acabados de casar, después de mi desgracia, y yo de vergüenza, á pesar de tu perdón no podía ni pagarte en la boca el beso con que

llegabas dándome las buenas tardes?....
es que el cariño se ti ha gastado, Marcos,
con este anda y anda de los días que
todo lo gasta; y lo que me afiguro (*ba-
jando la voz*) es que ya ti arrepentiste de
haberme sacado de la desgracia, cuando
me querías....

MARCOS—(*echándole el brazo sobre
los hombros*) De quererte, te quiero! y
más, desde que me diste á mi hijo, el
mío, el que se nos jué chiquito dejándome
prendida una espina tan grande, que cada
día se me va más adentro sin que me la
pueda arrancar porque no la veo, ná más
la siento!....

LORETO—¿Y crees que yo qui aldrede
no quiero hablarte de ésto, no lo lloro en
la casa cuando tú ti hallas lejos con tus
animales y Damián trabajando con los
peones y con las yuntas? ¡Ay Marcos!
si me miraras entonces más me qui-
sieras...que tú, como andas libre, el sol te
quema, el aire te golpea y hasta la yerba
que tu ganado come y tu *moro* pisotea,
todito, al querer ó nó, te hace pensar en
otras cosas, mientras que yo encerrada en
el cuarto, guisándoles el almuerzo á tí y

á Damián, hasta hablo sola, como si mi
criatura estuviera allí, en el rincón en que
dormía, y de ver que es mentira, la vista
se me ñubla con lo que lloro y más que
con sal con lágrimas sazono tu comida....
(*reaccionando*) ¿y á que á mí no me has
visto beber?

MARCOS—Porque á tí te queda el otro,
Damián, el que no es mío....nó, no lo
defiendas, que ni él tiene la culpa ni yo te
lo he maltratado nunca, ya sabes por qué,
te lo he dicho hartas veces, porque desde
antes de que el niño Javier te perdiera, ya
yo te quería y tú cegada por ese amor
condenado, me quedabas tan lejos como
algunas veces, allá en la sierra, carculo
que nos quedan las nubes que se arre-
molinan en los cielos....porque cuando
l'amo grande me regaló la cuera nueva
y me preguntó, ¡los dos solitos!, si me
quedría yo casar contigo aunque ti hubiera
sucedido una desgracia, como la desgracia
yo la sabía ya, dende quiaque, contesté
que sí, porque desde antes te quería tantí-
simo que de considerarme tu marido sentía
yo miedo, mi palabra! como el que sentí
cuando amansando el bayo del amo, el

bayo y yo rodamos temblando toda la loma de la «Peñuela.» Y lo mesmo que le ofrecí al señor san Antonio, mientras iba yo golpiándome el cuerpo barranca abajo, porque me lo sacara con vida, lo mesmo le ofrecí cuando por tu querer, l'alma se me golpiaba contra las piedras de tus desdeños....Los dos milagros de pura plata que le relumbran al santo en la capilla!

LORETO—¡Pobre Damián, que nada sabe y que te quiere á tí más que á mí!

MARCOS—(*que continúa devanando su madeja de recuerdos tristes, pero que advierte la frase final de Loreto*)—Y yo también lo quiero; y hay veces que cuando le digo «hijo,» se me afigura á mí que es más hijo mío que de su padre; pero eso no es verdad, ni que yo lo quiera porque me nazca quererlo; lo quiero, porque nació de tí! (*Desde la mitad de este diálogo han ido saliendo los peones de la capilla é ido á depositar al extremo del fondo del portal sus instrumentos de labranza, marchándose después hacia el tenducho y hacia la noche, adueñada ya de la hacienda, de los campos y de los cielos.*) Y ora más que

nunca me agarraron las ganas de beber, ora que todo el corage que he llevado escondido contra el niño Javier y que algo se me había mochado con tanto no verlo, siento que me güelve á crecer y que me sube hasta las cejas, como esas enredaderas (*señalándolas*) que parece que se mueren con el granizo pero que resucitan con las primeras calores....

LORETO—(*evocando el recuerdo*) ¡Dieciocho años sin venir....!

MARCOS—Qué bien llevas la cuenta! ....y luego dices....

ESCENA II

Dichos; D. Francisco que sale del despacho con Joaquín y que por no reconocer el grupo en las sombras, se coloca la palma de la mano sobre las cejas.

D. FRANCISCO—¿Quién está ahí?

MARCOS—Somos nosotros señor don Pancho, buenas noches dé Dios! (*quitándose el sombrero.*)

D. FRANCISCO—(*quitándose el suyo al escuchar el divino Nombre*) Buenas noches, Marcos ¿con quién conversas?....

MARCOS—Con Loreto, patrón, que se nos ha hecho noche contestando.... ¿mandaba usté algo?....

D. FRANCISCO—(*continuando su plática con Joaquín*) Sí, el genio es violento pero el fondo buenísimo; aguantándole el arranque, después se amansa solo. Y en el fondo, los quiere á todos, hasta á los peones.... la señora sí que es miel, caritativa y cariñosa y recta, hasta al señor le va á la mano en sus violencias ¡figúrese usté!....Sólo con el niño Javier doblan las manos los dos, pero me dicen que ahora, la reina de la casa es la niña Blanca....

JOAQUÍN—Que me ha dicho Fructuoso que es preciosa....

D. FRANCISCO—Sí ha de ser, pues desde chiquita pintaba serlo; sin embargo, la última vez que yo la ví, ahora dos años, á su regreso de esa (*deletreando con esfuerzo*) Europa, la ví desmedradita, como todas las muchachas se ponen al volverse mujeres.... Fructuoso acaba de verla....

MARCOS—(*dando vueltas á su sombrero entre las manos*) ¿Nada manda usté, señor don Pancho?....

D. FRANCISCO—¿Qué te corre, hombre? ... ¿Ya sabes la noticia de que mañana llegan los amos?.... ¿que tienes que venir á saludarlos cuando vengamos todos los que aquí comemos su pan?....

MARCOS—Yo no podré estar, señor don Pancho, porque mis animalitos, ¡con perdón de usté!, no saben de eso y no se aguantan un día sin comer....yo m' iré al monte, si Dios quiere, como siempre, en la mañanita, y su mercé le dirá á los amos, que su mercé ve que yo no sé hablar....

D. FRANCISCO—¿Por qué no haces que el ganado te lo arreen los pastores y tú te juntas con los demás, tú que eres de á caballo, para la cabalgata que ha de ir á encontrarlos al tren?....anda! y te dejo montar mi «Apache,» con silla nueva....

MARCOS—Si su mercé lo manda.... pero yo no sé hablar, don Pancho!.... y luego, que tengo dos vacas malas, ya se lo avisé á su mercé, y sólo yo las curo....

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

D. FRANCISCO—Pero, hombre, no seas terco, si no se trata de hablar; y las vacas, puedes curarlas al regreso.... ¿quieres ó no quieres ir?....

LORETO—(*bajo á Marcos*) Anda, hombre, ve!....

MARCOS—(*decidido*) Pus si su mercé no me lo manda, yo mejor me voy con mis vacas y mis toros, don Pancho... yo no sé hablar....

D. FRANCISCO—(*volviéndose benévolo á Joaquín*) Si le digo á usté que es para matarlos ó dejarlos, Joaquín, ni á tiros entienden!....Está bueno, Marcos, no vengas, pero si te me jalas y yo lo sé, te acuerdas de mí, ya me conoces!

MARCOS—(*tirando del rebozo á Loreto*) Pus entonces, patrón, con licencia, y que su mercé descanse....buenas noches, don Joaquín!....

LORETO—(*siguiendo pasivamente á su hombre*) Buenas noches, don Pancho; buenas noches, don Joaquín....

ESCENA III

Dichos, menos Loreto y Marcos que se alejarán discutiendo.

JOAQUÍN—¡Caramba! señor don Pancho, y qué paciencia tiene Ud. con estos brutos....

D. FRANCISCO—(*reaccionando, dentro de su naturaleza al fin campesina, contra el duro calificativo del hombre de la ciudad*) Nó, no Joaquinito, no son tan brutos, el hombre tiene sus motivos.... digo yo (*al notar la extrañeza de Joaquín*) que tendrá sus motivos, sino que son así, reconcentrados, tragándose sus gustos y sus penas, sobre todo si de los amos se trata....quiero decir (*atascándose en su propio discurso*) si temen que los amos no tomen á bien lo que hacen ó lo que piensan, sí señor, hasta lo que piensan! que el respeto que hace nacer la tierra por el amo de ella y de uno, comprende hasta el pensamiento....

JOAQUÍN—(*con superioridad de estudiante malo*) ¡Hombre, don Francisco hasta el pensamiento?....

D. FRANCISCO—Hasta el pensamiento, Joaquinito!....Usté no sabe de esto, es usté un muchacho que ha ido á los colegios y que ha vivido en la capital, nunca había visto el campo, por eso se asombra. Pero yo, nacido aquí, aquí mismito, en esta hacienda, aunque por mi fortuna en más alta escala que los vaqueros y los peones, yo que también fuí á la escuela, á aprender, para luego venirme al terruño y en él vivir, y morirme, con el favor de Dios! sé de lo que usté sabe y de lo que ignora....¿tiene usté un cerillo?....(*encendiendo un cigarro y sentándose en el poyo*) Si al acabar el cigarro no parece Damián, lo mando á buscar ¡es tan loco, que por eso no me gusta que salga de noche!....Siéntese, Joaquinito, y fume usté, ¿quiere de los míos?....Pues, como le iba diciendo, Joaquinito, es una cosa muy rara la que pasa en el campo con el amo de la tierra y los que lo sirven....muy rara!.... (*mirando una bocanada de humo con melancolía*) Los amos, hablo en general ¿eh? que los amos de esta hacienda son de lo mejorcito, ya se lo he dicho!....los

amos no quieren á la gente todo lo que debieran quererla ¡créame usté á mí! ni se duelen de ella, porque no la creen hecha de la misma masa ¿me comprende usté? ....Claro, que en muchas ocasiones no les falta razón, ¡lo justo, justo! Estos (*con ademán amplio y vago, que abarca la hacienda y sus confines*) nacen, se multiplican y se mueren como los animales, pero ¿quién tiene la culpa, ellos que no saben nada de nada ó los amos que diz que saben todo de todo?....¿verdad que digo bien?....

JOAQUÍN—¡Don Pancho, que se vuelve Ud. socialista!....

D. FRANCISCO—¿Socialista? ¿y qué es eso de socialista, me quiere usté dar razón?....

JOAQUÍN—(*atrojado*) Pues, socialista ....¡ahora verá Ud! socialistas son los que pretenden echar abajo....este.... este....¡ah, eso es! (*triunfante con el hallazgo de la frase*) los que pretenden echar abajo el orden de cosas....

D. FRANCISCO—¿Qué orden y qué cosas?....

JOAQUÍN—¿Cómo qué orden de cosas? pues el orden bajo el cual vivimos ¡ahí está!....acabar con los ricos y con la religión y con los gobiernos, acabar con lo establecido!....

D. FRANCISCO—Ay, Joaquinito, cuando yo le digo á usté que le falta un tornillo! Esos no se llaman socialistas, hombre de Dios! así me jure usté que lo estudió en la escuela, esos se llaman bandidos, en toda tierra de cristianos; y los que trabajamos la tierra, los que la regamos con nuestro sudor y con nuestras lágrimas, los que con el arado le destrozamos sus entrañas para que todos comamos, nosotros los de los campos y ustedes los de las ciudades, los que (*levantándose erguido y fuerte*) sobre su seno dormimos, los que la comprendemos y acariciamos, los que vivimos pegados á ella hasta cuando después de muertos el ganado apisona nuestras tumbas que ella, siempre ella, más amante que la madre más amante, ni un día, ni un minuto se olvida de enflorarnos, de echarles pasto encima para que mejor nos cobijemos, nosotros no somos bandidos, somos guerrilleros,

pronunciados, revolucionarios, precisamente para defenderla de los de afuera ó de los de adentro ¡es igual! del que pretende mancillarla ó arrebatárnosla!.... ¿Esto qué tiene que ver con los ricos, y la religión, y los gobiernos?....¡Con los gobiernos malos, si acaso!....

JOAQUÍN—(*temeroso de disgustarlo*) No me expliqué, señor don Francisco, no me expliqué! Yo decía, de broma por supuesto, que con las ideas que me iba Ud. soltando tan á favor de los peones, parecía Ud. socialista, de los que quieren que los de abajo suban á donde ahora se hallan los de arriba....

D. FRANCISCO—Pues ese es otro disparate, Joaquín, ¿cómo había yo de querer eso si yo no estoy ni con unos ni con otros, y para lo que me queda de vida la misma me pega que éstos suban ó aquéllos bajen?....Lo que yo decía era que los amos debían preocuparse más de lo que generalmente se preocupan de las gentes que les dan su trabajo....

JOAQUÍN—Permítame Ud., don Pancho, pero, por ejemplo aquí, pues yo no sé de haciendas ¿que más quieren?....

Trabajan, y se les paga su trabajo; una vez al año, vienen misiones á bautizar y confirmar chiquillos, á confesar empecatados, á casar novios; cada domingo y cada día de fiesta, viene un cura á decirles su misa, á predicarles lo que ellos pueden entender; se les da casa, es decir, lugar donde duerman y vivan bajo de techo; para los muchachos acaban de abrir una escuela.... ¿qué más pueden pedir?

D. FRANCISCO—(*con desprecio*) Nada! Por eso se atragantan, como Marcos....

ESCENA IV

Dichos; Damián que dirá sus primeras palabras desde adentro y entrará cargando una silla vaquera como si acabara de desensillar, la que colocará con miramientos sobre el pretil, en el que, apoyado, se despojará de las espuelas.

DAMIÁN—¡Déjalo que se revuelque, tú, que viene muy sudado!....(*entrando*) ¿Me tardé, don Panchito?.... Con su permiso, voy á dejar aquí mi silla, pa mañana....Ah diablo de rosillo, don Pancho, se me pegó una barrida á la bajada del puente, que por nadita me zafa....¡Ah, jijo! (*colgando las espuelas en la silla y aproximándose al grupo sin quitarse totalmente su jarano, echándoselo hacia atrás con la una mano mientras con la otra se rasca la coronilla.*) Todo arreglado, patrón; los músicos estarán aquí al clariar y los cuetes ora en la nochecita los entriegarán en la tienda; don Arturo el del teliégrafo le mandará avisar á su mercé cuando el tren salga de Ensenada, pa que téngamos tiempo de llegar á la estación, y que vendrá al mole, lo mesmo que el jefe, que muchas gracias tenga usté. ¡Buenas noches, don Joaquín!....

JOAQUÍN—¡Buenas noches, Damián! (*con superioridad.*)

D. FRANCISCO—Pues ni sabes que se te va á acabar el gusto; ya no vas á ir á caballo con nosotros....

DAMIÁN—(*interrumpiéndolo afligido*) ¿Qué no iré á caballo, patrón? ¿Y cómo quiere su mercé que vaya?....

D. FRANCISCO—Manejando el coche!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO